



*Juan Ramón Jiménez, cuando publicó su
Segunda Antología Poética (1898-1918),
por Daniel Vázquez Díaz.*

Pensaba que el soporte o continente no debía desmerecer del contenido, que la belleza del primero debería predisponer a un gozo más pleno del segundo. «Creo que el libro por sí, aparte de su contenido, debe ser una obra de arte»⁵⁶. Se veía capacitado para crear una obra gráfica bella, pues no hay que olvidar su temprana inclinación a la pintura ni sus años sevillanos de aprendizaje. Como es natural en cualquier persona, las ideas de Juan Ramón sobre la belleza plástica experimentaron cambios a lo largo de su vida. Concretamente sus ideas sobre la belleza tipográfica sufrieron un proceso similar al de su creación poética, que fue un largo camino hacia un ideal de perfección.

El apremiante deseo de originalidad de sus dos primeros libros, *Ninfeas* y *Almas de violeta*, le arrastró a unas creaciones poéticas y tipográficas de gran ingenuidad, de las que luego tuvo que arrepentirse. La discreta belleza de los libros que siguieron a estos dos primerizos en las dos primeras décadas del siglo, fue desbordada por la gran calidad, calidad de bibliófilo, de las ediciones de las dos siguientes, de esos bellísimos pliegos o entregas de *Sí*, *Ley*, *Unidad*, *Obra en marcha* y, especialmente, *Cuadernos*.

Su desinterés por los aspectos comerciales tiene, aparte del hecho de haber nacido y crecido en una familia muy rica, una doble explicación: despreocupación económica y selectividad de la audiencia. No tuvo en su vida, como buen señorito mimado, afán de lucha para ganar el pan del diario sustento ni preocupaciones crematísticas, aunque le doliera terriblemente la pérdida de la fortuna familiar.

Sin embargo, un poco de sus obras, un mucho de las traducciones de Rabindranath y, especialmente, las sensatas ideas comerciales de Zenobia, le proporcionaron unos ingresos discretos y suficientes para poder vivir con la dignidad de un profesor universitario y dedicar algunas pesetas a caprichos editoriales minoritarios, y consiguientemente ruinosos, como las ediciones de entregas⁵⁷.

Dedicó su obra a la minoría (al principio «a la minoría siempre»; después, «a la inmensa minoría»)⁵⁸, a un grupo selecto de amigos y de personas superiores capaces de comprenderla y admirarla. No sintió la tentación de una audiencia amplia porque no estaba dispuesto a descender de su pedestal para ser comprendido por un número mayor de personas. En una carta a Machado, pregunta y confiesa: «Antonio, ¿tú has sentido alguna vez el anhelo de la popularidad? Yo cada vez lo comprendo menos»⁵⁹. Era sincero y la popularidad que le proporcionó *Platero y yo* no le hizo especialmente feliz.

Huyó de los homenajes populares y si hubo un tiempo en que pudo ilusionarse con la consecución de un premio de la Academia (para satisfacción de su madre y hermanos), y daba por hecho su próximo ingreso en ella⁶⁰, luego, al irse reduciendo el círculo de personas cuyo trato le agradaba, incluso renunció tres veces a un sillón que le ofrecieron primero durante la monarquía, más tarde en tiempos de la república y finalmente en la época franquista⁶¹.

⁵⁶ *Juan Ramón de viva voz*, pág. 30.

⁵⁷ *Ibid.*, pág. 281.

⁵⁸ *Cartas literarias*, pág. 194.

⁵⁹ *Cartas. Primera selección*, págs. 116-17.

⁶⁰ *Ibid.*, pág. 180.

⁶¹ *Ibid.*, pág. 408.

Sé confesaba enamorado de su trabajo, y en él encontraba suficiente recompensa ⁶². En efecto, fue un gran profesional, como otros famosos contemporáneos suyos (Cajal, Menéndez Pidal, Asín Palacios, etc.), enamorado de su quehacer, al que se entregaba mañana, tarde y noche, y al que conocía en profundidad pues no vivía más que para leer poesía ajena, para componer y recomponer la propia y para hablar con cualquiera de la una y la otra.

Gustó de la torre de marfil, como los poetas alejandrinos, quienes, según Timón de Fliunte ⁶³, mientras garrapateaban papiros en la jaula dorada del Museo, disputaban incesantemente entre sí. Juan Ramón llegó a sentir increíbles fobias contra los que, después de haber sido sus amigos (Guillén, Salinas, Ramón Gómez de la Serna, etc.), pensaba él que le habían ofendido. Su lengua y su pluma se ensañaron, muchas veces sin justificación, en charlas con amigos o en hojas impresas en pequeño número que enviaba por correo.

Se justificaba diciendo que obraba así en defensa propia: «*Después* de haber sido *incitado*, he podido hacer una crítica más o menos dura de sus vidas y obras, pero siempre dentro de la verdad histórica; y, sobre todo, *no he calumniado*. Sin duda he sido implacable con algunos, pero nunca *vil*». Y terminaba generoso: «Si les puedo servir en algo *otra vez*, lo olvidaré todo» ⁶⁴.

La indiferencia hacia la multitud hizo que fueran muy limitados sus contactos con las grandes editoriales de su tiempo. La CIAP sólo publicó una obra suya, como *La Lectura*. Dos publicaron *Renacimiento*, dirigida por su gran amigo Martínez Sierra, y Espasa Calpe, pero ninguna Aguilar, Mundo Latino, Caro Raggio o los editores catalanes, que ya entonces se llevaban casi la mitad de las ediciones españolas. La editorial que más obras publicó, cuatro, fue Calleja, pero porque Juan Ramón era su director o asesor literario en aquellos momentos.

El deseo de perfección («estoy arrepentido de la mayor parte de los libros que he publicado»). «Mi obsesión actual es no haber esperado a estos últimos años de mi vida para haber impreso mis escritos». ⁶⁵, las exigencias en la presentación material y la desconfianza en los editores comerciales, como en el caso de su última experiencia con los muchachos de Signo, paralizaron la publicación de una gran parte de su obra que, como reacción, crecía y crecía al tiempo que estaba siendo sometida a un continuado proceso de pulido, en busca de una cada vez mayor actualidad, es decir, eternidad. Lo que él deseaba con afán fue que su obra tuviera la eternidad y actualidad simultáneas de los clásicos.

Pero el silencio y la obra callada no cuadraban con Juan Ramón, que precisaba comunicar permanentemente a unos pocos sus creaciones. Por ello editó, con esfuerzo económico, las bellas y breves entregas aludidas e incluso llegó a pensar en establecer un pequeño taller tipográfico en su propio domicilio. El sueño no pudo convertirse en realidad por exigencias sindicales. El tipógrafo que manejara aquel taller en horas

⁶² *Ibid.*, pág. 408.

⁶³ RUDOLF PFEIFFER: *Historia de la Filología Clásica*. Madrid, 1981, pág. 183.

⁶⁴ *Cartas literarias*, pág. 223.

⁶⁵ *Cartas. primera selección*, pág. 408.

extras, no podía ser, por razones sindicales, el escogido por Juan Ramón por ser de su confianza, sino al que le correspondiera según el turno establecido en la Casa del Pueblo ⁶⁶.

HIPOLITO ESCOLAR
Director de la Biblioteca Nacional
Paseo de Recoletos
MADRID

⁶⁶ *Juan Ramón de viva voz*, pág. 82.